

que con la identidad, implementando el concepto de «cognados» y de «falsos cognados» (a través de relaciones que se van insertando en diferentes grados de sinonimia, homonimia, paronimia y antonimia) tratamos de designar y administrar parte de este «sonar parecido» y, para ello, pisamos el terreno de la lexicografía, pues como plantea Mannoni:

(...) cuando un léxico distingue entre dos homónimos, convirtiéndolos en dos vocablos diferentes, muestra que trata los vocablos como signos, puesto que solo los significados permiten distinguirlos. Como significantes son indiscernibles –sin lo cual por otra parte no serían homónimos–. (1990, p. 29)

A partir de estas consideraciones, podemos atribuir esta operación a la lexicografía pues, de hecho, escapa al alcance del concepto de significante para pasar al terreno de jurisdicción del signo: es exclusivamente en este espacio que puede tomarse en cuenta el significado. (Cfr: 1990, p. 29) Fuera de esta jurisdicción, en el encuentro de los dos sistemas simbólicos que nos ocupan, se instala *algo real, un imposible*: sobre el fondo indoeuropeo y, más precisamente, latino, lo sistemático del español y del portugués brasileño, en el proceso de estabilización que implicaron e implican, habría hecho recortes no coincidentes de lo que *es posible* en cada uno de ellos. Considero que esto da un estatuto particular al proceso de aprendizaje porque el aprendiz, con frecuencia a merced de eso real, resulta mucho más un objeto que un sujeto en el contacto entre estas dos lenguas.

Para poder asumir, entonces, una línea de trabajo apropiada a nuestro objeto, considero que, teóricamente, es preciso poner en contacto la lengua con el *interdiscurso*. Eduardo Guimarães, tratando de recuperar y redefinir los conceptos de Benveniste, dice que en el acto de enunciación no se trata de que un locutor ponga la lengua en funcionamiento por el hecho de apropiarse de ella, pues

A língua funciona na medida em que um indivíduo ocupa uma posição de sujeito no discurso e isto, por si só, põe a língua em funcionamento, por afetá-la pelo interdiscurso. (1993, pp. 28-9)

O sea por la relación de un discurso con otros discursos, que es como el mismo Guimarães define el concepto de *interdiscurso*. Esto permite concluir que en la lengua materna lo que permite sostener y garantizar la ilusión de transparencia que sostiene la relación pensamiento-lenguaje-mundo es el hecho de que el funcionamiento de la lengua se apoya en el *interdiscurso*. Es una serie de autorizaciones ejercidas a partir de una determinada región de éste lo que produce el efecto de transparencia. Y me animaría a afirmar que, como se pudo ver en el caso de nuestra historia inicial, hay una relación casi de subordinación necesaria entre la len-

gua y el interdiscurso pues, si éste puede definirse como el orden de lo ya dicho en una formación social, es preciso agregar que cada enunciación, al poner en funcionamiento la serie de autorizaciones sobre lo que puede o debe ser dicho, entra en relación necesaria con él. Es en este sentido, como bien señala Orlandi, que el concepto de interdiscurso puede ser interpretado también como el orden de lo decible. (Cfr. 1992, p. 20)

De hecho, el concepto plantea la cuestión de una nueva relación, la relación entre *pensamiento* e *interdiscurso*. En este sentido, Pêcheux (1988, p. 260 y sgs.) retoma las reflexiones de Freud sobre el proceso de elaboración onírica y llega a afirmar que el pensamiento existe exclusivamente bajo la forma de regiones que se encuentran en una relación de disyunción. Se trata de representaciones con respecto a las cuales el sujeto no actúa como causa; por el contrario, se instala en ellas sintiéndose «aprisionado», identificado con la completa estrañeza de una evidencia familiar. Esta definición pone en cuestión la evidencia de la linealidad discursiva del pensamiento según el cual el hilo del lenguaje calca o reproduce el hilo de las ideas y permite que Pêcheux llegue a decir que el pensamiento está determinado en sus formas y contenidos por lo «impensado»: la determinación está dada por el interdiscurso, lo que implica que se pueda afirmar que existe una determinación histórico-material de la no-conexidad del pensamiento. (Cfr. *ibid.*)

La red de relaciones que tratamos de hacer visibles nos permite dejar de lado la ilusión de exterioridad que genera la tríada pensamiento-lenguaje-mundo, pues ésta funciona en el plano de lo imaginario y no de lo simbólico, y mostrar que el efecto de exterioridad está dado por la relación (de adecuación, de co-referencia) de todo discurso o fragmento del hilo discursivo no con el mundo sino con el interdiscurso. (Pêcheux, 1988, p.167) Y, dentro de la nueva constelación, de acuerdo con la definición de Guimarães, la lengua también traba una nueva relación: mediante el acto de enunciación, entra en una relación necesaria con el interdiscurso, espacio de una memoria y de un saber sobre la lengua y sobre el discurso. Espacio necesario en la práctica de la enseñanza de la lengua extranjera, pues en él se alojarían la alteridad y la cultura que, con frecuencia, definimos de forma tan imprecisa.

El desenlace

Sua falta de jeito, tem encanto, dizem. Pode até mesmo ser sensual, supervalorizam os sedutores. Ninguém corrige os seus erros, para não feri-lo, além do mais eles não acabariam nunca e, afinal, pouco importa.

Julia Kristeva (1994, p. 23)

A esta altura, el lector tiene derecho a conocer el final de la historia. Para ello, comenzaré por hacer un planteo en un nivel de análisis que pueda resultar productivo para ir pensando las cuestiones de política lingüística y de enseñanza de la lengua que impone el acontecimiento del Mercosur, el cual –como adelantamos–, a través de declaraciones realizadas con frecuencia a la luz de antiguas consignas de integración, parece reservar una política de buena vecindad al futuro del Cono Sur.

En este sentido, lo que me interesa destacar es que, desde la perspectiva de los empleados administrativos brasileños de nuestra historia, –según la aguda formulación de Melman– en la lengua del emigrante el propio significante se transformaba en signo, al pasar a designar o denunciar

(...) um sujeito que se origina de um lugar *não mais Outro, mas Estrangeiro*. (Id. p. 17) (La cursiva es mía.)

Lo que el autor observa, entonces, es que en la lengua extranjera –y éste sería uno de los aspectos que permiten distinguir la relación asimétrica «lengua materna / lengua extranjera»– el significante pierde la facilidad de representar el sujeto para otro significante, a fin de ganar la *función de designación* que acabamos de describir. (Cfr. *ibid.*) Esta observación logra señalar la resistencia que la lengua extranjera impone a su locutor, al designarle una barrera: la de poder ser sujeto-efecto de un lugar Otro, de saber y de cultura¹⁸.

Ahora bien, en nuestro caso, es preciso reconocer que había un agravante: el significante *empregado* –que, más que aparecer, irrumpía– ejercía dicha designación precipitando un efecto de desautorización o de descalificación del hablante, pues superaba el límite del error o del desliz fónico, gramatical o léxico, que es lo que normalmente se le permite o perdona al emigrante, dependiendo del caso, hasta con simpatía¹⁹. Inclusive porque este gesto de generosidad, de tolerancia o de condes-

¹⁸ La observación sirve para entender, inclusive, la forma particular en que el extranjero es ciudadano en la otra lengua, la fuerza social de designación que guarda o detenta el acento y hasta el efecto de ruido opaco o ensordecido que en mayor o menor medida, produce la palabra del extranjero. Ilustrativamente, Kristeva dice al respecto:

«Ninguém o escuta, a palavra jamais é sua, ou então, quando você tem a coragem de tomá-la, rapidamente ela é apagada frente aos propósitos da comunidade (...) A sua palavra não tem passado e não terá poder sobre o futuro do grupo. (...) Você não tem cacife suficiente -não tem «peso social»- para tornar a sua palavra útil». (Id., p. 28)

La palabra del extranjero, según la brillante conclusión de la misma Kristeva, sólo puede contar con su pura fuerza retórica y con la inmanencia de los deseos que en ella se han invertido. La retórica es soberana -concluye- y el extranjero un hombre barroco. (Cfr. *ibid.*)

¹⁹ La manifestación de lo imposible (del error) en la lengua de éste se interpreta -en las palabras de Kristeva- como la contingencia de un accidente de la historia, como aquello

endencia, que justamente confirma que la dimensión del Otro está abolida, al mismo tiempo que es efecto del ejercicio de maestría que supone la relación con la lengua materna, también actúa, como plantea el mismo Melman, a favor de la certeza del derecho que otorga dicho ejercicio, reafirmando, reforzándolo. (Cfr. *ibid.*)

Sin embargo, como ya vimos, en el caso que nos ocupa algo interceptó la manifestación de este gesto y, al mismo tiempo, el ejercicio de ese derecho. Podríamos decir que la expresión de la cordialidad quedó anulada por la irrupción de la historia. En el caso de Brasil, esto no es poco. Para explicarme, debo reconocer que, en la inevitable distancia y diferencia que crea la comparación entre culturas, los argentinos nos sorprendemos con la amabilidad brasileña, que, con frecuencia, nos resulta incomprensible y en demasía. Pero en esto quien tiene la palabra es el sociólogo Sérgio Buarque de Holanda (1996), pues le dedicó un capítulo célebre a su definición del brasileño como un «hombre cordial». En este sentido, planteó que sería un error suponer que esta virtud –la de ser cordial– pueda significar «buenas formas» o civilidad, pues en este caso habría algo de coercitivo y de ritual. (Cfr. *id.*, p. 147 y sgs.) Nada más alejado del pueblo brasileño –corrige–, cuyo rasgo principal en este sentido es la *cordialidad* y no la «buena educación»²⁰. Y advierte que

O desconhecimento de qualquer forma de convívio que não seja dita por uma ética de fundo emotivo representa um aspecto da vida brasileira que raros estrangeiros chegam a penetrar com facilidade. (*Id.*, pág. 148)

El mismo autor señala la causa de este funcionamiento:

E um dos efeitos decisivos da supremacia incontestável, absorvente do núcleo familiar –a esfera, por excelência dos chamados «contatos primários», dos laços de sangue e de coração– está em que as relações que se criam na vida doméstica sempre forneceram o modelo obrigatório de qualquer composição social entre nós. (*Id.*, pág. 146)

que constata la «ex-sistencia» de un extranjero quien, a partir de ahí, debe ser educado o destruido. (Cfr. *id.*, p. 28)

²⁰ Con «buena educación» estoy tratando de traducir del portugués al español la expresión *polidez*. Pensé en hacerlo mediante la palabra «cortesía», pero ésta en realidad sólo referiría uno de los rasgos que entra dentro del concepto de *polidez*, mucho más ligado a la idea de educación, fineza, buen trato. Para entender mejor dicho concepto, vale la pena añadir que, según el propio Buarque de Holanda, *polidez* implica la organización de una especie de defensa ante la sociedad por lo tanto; está restringida a la parte exterior, epidérmica del individuo, pudiendo servir también como pieza de resistencia. Equivale, por lo tanto, a un disfraz que permite que cada uno preserve intactas su sensibilidad y sus emociones. (Cfr. *id.*, pág. 147)